



HOMENAJE A SADOUL

NUEVE FILMS Y UN HOMENAJE

La semana que perdió tres días

Paralelamente al certamen se celebra cada año en el marco del Festival de Cannes, desde hace siete, la Semana Internacional de la Crítica Francesa, en la que, sin carácter competitivo, se exhiben primeras y segundas obras de realizadores jóvenes, sin distinción de formato —16 ó 35 mm.— y que, por una u otra razón, encuentran difícil acceso tanto a las salas comerciales como a la propia pantalla del Festival. Louis Marcorelles es, desde su fundación, el alma de esta manifestación, y con él colaboran activamente críticos franceses o extranjeros residentes en París. Georges Sadoul, fallecido el pasado mes de octubre y máximo conocedor de las cinematografías de los países subdesarrollados, había sido, hasta su desaparición, de una ayuda inapreciable y es por lo que este año la Semana tenía prevista la celebración de un homenaje a su figura que fue, en realidad, el último de los actos oficiales del abortado Festival. En efecto, el sábado día 18 se interrumpieron los debates que tenían lugar en la Gran Sala para que todo el mundo se trasladase a la pequeña y, en presencia de la viuda de Sadoul y de la hija de ésta, Yvonne Baby, llevar a cabo un acto sencillo, cordial y emocionado de recuerdo de su ingente obra, en el transcurso del cual hablaron Marcorelles, Vera Volmane —presidenta de la Asociación de la Crítica Cinematográfica Francesa—, Henri Langlois —protagonista del «affaire» de la Cinemateca—, François Truffaut y Désiré Ecaré, realizador de la Costa del Marfil...

Los films a proyectar eran doce, repartidos en ocho sesiones que se repetían a la mañana siguiente del primer pase. Nueve países participaban, con películas de medio y largo metraje. En virtud de las circunstancias, sólo se celebraron cinco de las sesiones previstas, aunque el film programado para el lunes 13, día de la huelga general, se pasó en su «segunda» proyección el martes 14, sin llegar a celebrarse la «primera», que debía tener lugar el martes 21. Así como otros años se había dado preferencia a films experimentales, vanguardistas o simplemente «locos», este año los criterios del comité de selección se ha-

bían orientado hacia el «cine directo», aunque hubiera obras clásicas —hasta el punto en que puede hablarse de clasicismo en un film que participa en la Semana— de ficción. Algunos de los films proyectados merecen, y lo tendrán más adelante, un comentario más amplio: «The queen», «Concerto pour un exil», «Angèle»... Otros no llegaron a proyectarse: «The edge», «Chronik der Anna Magdalena Bach», «Revolution»... De los proyectados, merecen especial atención los procedentes de los países socialistas, que muestran, desde ángulos diversos, aspectos poco habituales en el cine procedente de aquel campo geográfico e ideológico. «Vendimia», de Otar Iosselani, ofrece como primera característica interesante la de tratarse de un film georgiano, hablado en georgiano, y en el que se observa una subrayada atención por considerar el idioma ruso como lengua «oficial» mientras el pueblo se expresa en la suya propia. Crónica de la incorporación al trabajo de un joven empleado de la industria vinícola, el film es, antes que un testimonio de tipo neorrealista, la adaptación a un argumento mínimo de los métodos del cine directo. El relato es fluido, espontáneo, y está lleno de agudas observaciones, cuyo alcance crítico posiblemente escape con frecuencia al espectador occidental. Otro tanto ocurre con «Donde acaba la vida», de la húngara Judit Elek, relato del último y primer día de trabajo, respectivamente, de un obrero jubilado y un aprendiz. La similitud del film húngaro con el soviético es únicamente temática; los procedimientos narrativos de Judit Elek son más líricos, muestran una sensibilidad específicamente femenina, y el humor, que en «Vendimia» era uno de los signos más característicos, apenas si aparece veladamente en «Donde acaba la vida». «Sobre alas de papel», por último, del yugoslavo Matjaz Klopčič, para muchos de los seleccionadores la obra más importante de la Semana, decepcionó a la mayoría de los espectadores. Se trata de un relato intimista, de una historia de amor situada en un medio juvenil ciudadano, tratada con un excesivo romanticismo y un formalismo con frecuencia desfasado.

art buchwald

ESTUDIANTES

WASHINGTON.—Está generalmente aceptado que la inquietud estudiantil de estos días tiene carácter mundial: no importa que los estudiantes vivan en una sociedad libre o en una totalitaria; todos están armando la marimorena. Y, por eso, quienes miramos las cosas desde la barrera estamos divididos acerca de si la inquietud estudiantil es buena o mala.

El otro día, en el Club Universitario, estaba compartiendo coñac y cigarrillos con unos amigos cuando salió el tema de las manifestaciones estudiantiles. Y uno de mis amigos, Liverwhistle, dijo: "Veo que todavía no han resuelto el problema ése en la Universidad de Columbia". "Es lamentable, absolutamente lamentable —comentó otro amigo, Cartwright—. Los estudiantes deben ser frenados. No puede haber universidad si se deja que los muchachos encierren a los profesores en las aulas".

Mi amigo Conrad intervino: "¿Han leído lo que está ocurriendo en París? Los estudiantes han paralizado la ciudad". "Ah, sí —dijo Cartwright—. No puede uno dejar de admirar a los estudiantes franceses. Desde luego, eso es poner a De Gaulle en su sitio". "Hay que respetar su actitud —comentó Liverwhistle—. Al fin se han dado cuenta los estudiantes de lo que vale De Gaulle".

"No creo que las cosas se hayan enfriado en Stanford —observó Studsdale—. Los estudiantes todavía ocupan los edificios administrativos". "Si quiere saber mi opinión, le diré que se trata de un complot comunista. Estas cosas no ocurren así como así. No hay nada que los comunistas dejen de hacer para cerrar las universidades en este país. La única respuesta es la fuerza. Gracias a ella, los radicales cantarán otra canción".

"¿Leyeron ustedes que los estudiantes checoslovacos no sólo celebran manifestaciones, sino que hicieron caer el régimen apoyado por los rusos?". "Dios les bendiga —exclamó Conrad—. Si alguna vez vemos el final de la tiranía detrás del telón de acero, serán los estudiantes quienes lo logren". "Creo que está ocurriendo lo mismo en Polonia —opinó Liverwhistle—. Y, tal vez, hasta en Alemania Oriental. Esos estudiantes son una nueva generación que dignifica a la raza humana".

"Ustedes saben, por supuesto —manifestó Studsdale—, que en la universidad de Northwestern la administración capituló y cedió a todas las demandas de los estudiantes". Y Cartwright saltó: "Mi sangre ardió al leer la historia. Esos malditos muchachos no saben nada y quieren decirnos cómo gobernar al país. Tenemos que actuar firmemente. Debemos suprimir toda ayuda a los estudiantes que tomen parte en manifestaciones contra sus universidades". Y Conrad añadió: "La culpa es de los profesores. Ellos son los que indisponen a los muchachos. En vez de encarcelar a los estudiantes, deberían arrestar a la facultad. Así terminaría toda esa anarquía en las universidades".

Cartwright, que estaba hojeando el periódico, dijo entonces: "Aquí dice que los estudiantes chinos están preparando otra revolución de Guardias Rojos". Liverwhistle asintió, concluyendo: "Hay que reconocer algo sobre los estudiantes extranjeros: tienen mucha «clase»".

(Copyright 1968, The Washington Post Co. — Distribuido por Editors Press Service Inc. — Agencia Zardoya.)

pienso...



Juego...



existo.



CHUMY
CHUMEZ

Querer ver en la película una derivación de la obra del surrealista André Breton, como pretendían sus defensores, parece un tanto excesivo, aunque ello no supone que se trate de algo desprovisto de interés.

Si puede decirse esto de «Marie pour memoirs», del francés Philipp Garrel, insoportable y pedante disertación de dos personajes casi únicos, subproducto inhábil del peor Godard, verdaderamente irritante, sólo perdonable si se tiene en cuenta que su autor tiene apenas diecinueve años. «Les enfants de Néant», documento del canadiense Michel Brault sobre la reconversión de los habitantes de un pueblecito francés tradicionalmente agrícola a la economía industrial, ofrece los inconvenientes y ventajas de la escuela canadiense, de la que Brault, junto a Pierre Perrault, ha sido uno de los puntales. Apasionante por momentos, primario y sentimental en otros, el film resulta excesivamente descriptivo.

«Rocky road to Dublin», para terminar, es, según declaraciones de su realizador, Peter Lennon, el primer film íntegro y auténticamente irlandés, cosa que algunos ponían en entredicho, citando «Una hora en su vida», de John Ford. Sea como sea, es el primer documento de largo metraje sobre Irlanda o, mejor, sobre su capital, al margen de los films de propaganda turística. Lennon ha entrevistado a personalidades significativas, de un sacerdote «ye-yé» a un miembro de la censura, pasando por John Huston, y ha sacado su cámara a la calle, captando momentos significativos de la vida de su ciudad natal, intentan-

do explicitar las contradicciones en que su país se debate. Periodista, Lennon ha realizado antes que nada un reportaje, posiblemente más adecuado para la televisión que para ser proyectado en salas cinematográficas. Su obra tiene, con todo, el valor de lo auténtico, aunque insuficiente. Lástima que la copia que se proyectó fuera en blanco y negro, lo que evidentemente privaba a sus imágenes —de Raoul Coutard, el fotógrafo de Godard— de la brillantez que habrían tenido en color.

El balance, si no apasionante, es positivo, especialmente teniendo en cuenta la no proyección de tres de los films, de uno de cuales —«Revolution», de Jack O'Connell— existían las mejores referencias, y el hecho de que las obras más importantes, cuyos títulos quedan reseñados más arriba, serán analizadas por separado. Queda por preguntarse si, en las condiciones actuales de evolución de la industria y la estética cinematográficas, el tipo de obras promocionadas este año por la Semana de la Crítica era el más interesante. Hay que señalar, en todo caso, que el comité de selección había visionado, antes de decidir el programa, nada menos que sesenta y cuatro films procedentes de veinticuatro países y que, por otra parte, al tratarse de obras primeras y con frecuencia secretas, en muchos casos de la ausencia de determinados films no son responsables más que sus autores, al no preocuparse de señalarlos a la atención de los seleccionadores. ■ C. S. F.

LORCA

Una personalidad oculta



«Lorca, poeta maldito... Más bien «poeta bendito», ha dicho Gerardo Diego. Pero a la vista de sus coetáneos, la auténtica personalidad de un hombre, cuando es un hombre de mentalidad compleja, un intelectual, y a la vez un vitalista, apasionado por la vida, puede permanecer en la oscuridad; es, pues, discutible su directo testimonio. Sabido es, también, que, en este caso concreto, la desbordante simpatía personal del poeta ocultó a algunos de sus más cercanos amigos su por otra parte nada secreto «pansexualismo» —como entiende Francisco Umbral en el libro que comentamos («Lorca, poeta maldito», Editorial Biblioteca Nueva) su íntima tragedia sexual—, trazo ineludible si se quiere dar el verdadero perfil de su figura humana y poética.

Umbral ha trabajado con rigor y pa-

ciente dedicación en la tesis explícitamente enunciada en el título de su libro. A pesar de la concienzuda elaboración de su estudio, de la seriedad de su análisis, pienso que aquella no será aceptada sin reservas por la mayoría de especialistas y críticos. Adscribir a Lorca a la turbulenta familia de los «malditos», de Baudelaire a Genet, supone la subversión de valores entendidos, la previa eliminación de las múltiples mediatizaciones —sentimentales, sobre todo, originadas en la trágica conclusión de su biografía— que tienden a mitificar en un sentido determinado su personalidad. Cabe objetar a Umbral, seguramente, el intento, a partir de una hipótesis apriorística, de crear un mito diferente. Sin embargo, hay que dejar constancia en su favor que su método —tal vez discutible, desde luego— permite un desarrollo metódico, de una minuciosidad sin precedentes en los estudios lorquianos, audaz, sincero y muy profundo en ocasiones, de la vida y de la obra del poeta, ligando dialécticamente ambas al medio socio-histórico en que se produjeron, y acentuando muy especialmente la relación entre una y otra con la ayuda de una información exhaustiva. Libro, pues, concienzudamente trabajado por Umbral, el mejor escrito de los suyos y también el más ambicioso. Y el más polémico: provocará, con toda seguridad, discusiones apasionadas. Excelente contribución, por tanto, al mejor conocimiento de la biografía y la literatura de uno de los más grandes poetas del siglo. ■ E. G. R.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy Chómez, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglén, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontanla. FOTOS: Cifra, Europa Press, Fiel.